

a deformar la identidad y la misión del laico. El autor, por el contrario, intenta sentar las bases doctrinales de una espiritualidad laical (llamada universal a la santidad, mundo y dimensión secular de la vida cristiana), caracteriza la vida espiritual cristiana según su modalidad laical, poniendo el acento en la unidad de vida y en la contribución específica del laico en la misión de la Iglesia (evangelización de la cultura y de la vida social), y presenta los dos ámbitos y tareas fundamentales en y a través de los cuales discurre la existencia laical y está llamado a desplegarse de modo particular el dinamismo del bautismo: trabajo y familia como ámbitos de la realización de la llamada a la santidad y a la misión. Se trata evidentemente de una visión sintética, como es propio de un manual, pero fundamental y esclarecedora en un momento de la vida eclesial donde el riesgo de “clericalizar” al laico o de fomentar una “élite laical” siguen estando presentes.

Estas páginas, sobre todo las de la tercera parte, contienen numerosas referencias al mensaje y a los escritos sobre la llamada universal a la santidad en la vida corriente y, principalmente, a través del ejercicio del trabajo profesional, proclamado por san Josemaría Escrivá desde 1928. Nos alegra ver que su doctrina, portadora de luces potentes para la espiritualidad laical y la teología de los laicos, pero no siempre conocida entre los estudiosos de la espiritualidad y del laicado, comienza a comparecer junto a otras voces emblemáticas del siglo XX no sólo en publicaciones teológicas, sino ya en manuales, como es el caso de este volumen.

Pilar Río

Lino CAMPRUBÍ, *Los ingenieros de Franco: Ciencia, catolicismo y Guerra Fría en el Estado Franquista*, Barcelona, Planeta, 2017, 317 pp.

Lino Camprubí Bueno estudió Filosofía en la Universidad de Sevilla y cursó un máster en Ciencias y Tecnologías en la Universidad Cornell, en los Estados Unidos. Tras doctorarse en Historia por la Universidad de California en 2011, publicó en inglés *Engineers and the Making of the Francoist Regime* (2014), un volumen en el que trató algunas de las temáticas que desarrolla en el libro publicado en castellano en 2017, *Los ingenieros de Franco*.

Camprubí propone a través de esta obra una nueva aproximación a la historia del Régimen de Franco: una historia de su consolidación y funcionamiento, pero desde la perspectiva de la acción de los científicos y técnicos. Como no se cansa de remarcar, no se trata de una historia de la ciencia bajo dicho Régimen, sino de un estudio del papel de la ciencia en el proceso político de consolidación del franquismo, tanto desde una dimensión nacional como internacional. Así lo pone de manifiesto el sugerente subtítulo del libro: *Ciencia, catolicismo y Guerra Fría en el Estado Franquista*.

*Los Ingenieros de Franco* está organizado en capítulos que podrían definirse como breves “casos históricos”, que concretan la tesis central, definida en la introducción

y reevaluada en la conclusión. Camprubí construye su análisis a través del estudio de temas concretos como el desarrollo en España del cemento prensado, la explotación de fosfatos en el Sáhara occidental, o los proyectos de ONG's internacionales para la preservación del coto de Doñana, entre otros. Si bien cada capítulo goza de cierta independencia, están ordenados e interconectados de un modo que la obra adquiere su verdadero valor en conjunto.

En el segundo capítulo ("Laboratorios e Iglesias: ciencia, industria y nacional-catolicismo", pp. 35-70), Camprubí trata la cuestión de la ciencia oficial del franquismo. Lo hace mediante el estudio de la actividad del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), sus fundamentos y el objetivo de realizar una ciencia de fundamento cristiano, y sus conexiones con la industria del Régimen. Se trata de un capítulo sin duda interesante, trabajado con rigor, certero en muchos puntos, como en el análisis del concepto de "modernización" desarrollado por los impulsores de la política científica de la época (de cariz conservador y aferrado a la tradición, por paradójico que pudiera parecer).

Es precisamente en el capítulo que parcialmente dedica a los inicios del CSIC donde trata el papel de los hombres del Opus Dei en el primer franquismo. Se trata sin duda de un fragmento relevante en el conjunto de la obra, y en él propone conclusiones ponderadas e interesantes. Fruto de una desapasionada aproximación a la cuestión, es crítico con interpretaciones "cínicas" que presentan a la Obra como un trampolín para ambiciosos intelectuales, e intenta buscar las motivaciones que llevaron a sus primeros miembros a sumarse a ella en razones más profundas y complejas.

Es interesante el enfoque que da al estudio del desarrollo de la Obra, buscando explicar su configuración en la Historia. Si bien es cierto que sus conclusiones presentan algunos problemas, como se tratará en las siguientes líneas, la idea de estudiar la génesis y desarrollo del Opus Dei desde un punto de vista rigurosamente histórico es sumamente interesante. Asimismo, Camprubí plantea otras cuestiones de interés, como la relación entre la consolidación del CSIC y la presencia en él de hombres que, o bien pertenecían a la Obra, o eran próximos a Escrivá.

Sin embargo, arrastra algunas simplificaciones que vienen siendo habituales en la historiografía. La primera de ellas consiste en encuadrar la obra (*Camino* específicamente) y enseñanzas de Escrivá en el marco ideológico del nacionalcatolicismo. Camprubí afirma que el afán de santificación a través de la vida profesional, central en la espiritualidad del Opus Dei, «iba de la mano con las aspiraciones nacionalistas para la reforma de España» (p. 40). Y seguidamente cita las últimas palabras del prefacio de *Camino*, escrito por Monseñor Lauzurica, administrador apostólico de la Diócesis de Vitoria en 1939, que dice así: «Y con cristos como tú volverá España a la antigua grandeza de sus santos, sabios y héroes» (p. 41). Si bien tras esta última frase podría percibirse la influencia del ambiente nacionalista del momento, lo cierto es que es la única de un prefacio de claro contenido espiritual, en el que el tema principal es la lucha personal por "ser imitador de Jesucristo". Al margen del prefacio,

una cuidada lectura de *Camino*, así como un estudio de su génesis, dejan claro que su intencionalidad y mensaje son espirituales, no ideológicos, y fruto de un esfuerzo por trascender la realidad del momento, algo no tan frecuente en el contexto en el que se publica *Camino*, en 1939. Una lectura detallada de la edición crítico-histórica de *Camino*, estudio publicado por Pedro Rodríguez (Rialp, 2004, 1288 págs.), facilitaría aclarar la cuestión.

Otro error frecuente es el de considerar al Opus Dei como un grupo homogéneo, cuyos miembros fomentan de modo premeditado un *esprit de corps* y persiguen unos objetivos comunes. Esa es la idea que no sin dificultad podría extraer el lector a partir del modo en el que Camprubí trata la cuestión de la presencia de miembros del Opus Dei en el CSIC. Camprubí se centra en la presencia de algunos de estos miembros en la creación y durante los primeros años de vida del CSIC, como José María Albareda, Miguel Fisac, Juan Jiménez Vargas, Tomás Alvira, Francisco Botella, Isidoro Zorzano, Ricardo Fernández Vallespín, Rafael Calvo Serer y Pedro Casciaro.

A pesar de que se trata de una cuestión que requiere de un estudio en profundidad, y desde unos parámetros distintos a los que vienen siendo habituales en la historiografía actual, resulta oportuno formular algunas hipótesis al respecto. En primer lugar, aunque es innegable la presencia de personas de la Obra en este ámbito, no sería riguroso exagerar su influencia. Centrándonos en el caso del CSIC, entender éste como un feudo del Opus Dei es erróneo (aunque Camprubí no afirme esto explícitamente, es muy posible que el lector extraiga esta conclusión), en cuanto que el número de miembros en una estructura de semejante calibre distó mucho de ser mayoritario.

Habría que considerar también el prestigio profesional de esos hombres como medio de ascenso social. En lo que a esto respecta, Camprubí es perspicaz, ya que señala la condición de Albareda de antiguo becario de la Junta de Ampliación de Estudios y sus numerosas estancias en el extranjero, así como los logros profesionales de Fisac, lo que indica que se trataban de profesionales que ocuparon puestos de responsabilidad debido a un reconocido prestigio profesional. Hay que tener en cuenta que la primera generación de miembros del Opus Dei provenía del apostolado de Josemaría Escrivá con jóvenes universitarios en el Madrid de la década de 1930, en un tiempo en el que la población estudiantil apenas llegaba a 30.000 personas en todo el país, lo que convertía a la universidad en un centro de formación de élites nacionales. Eso, unido, como bien explica Camprubí, al compromiso a vivir según el espíritu de santificación del trabajo profesional predicado por Escrivá, ayuda a entender la presencia de profesionales sobresalientes entre los primeros integrantes de la Obra. Un libro de gran interés para entender el desarrollo de la labor de Escrivá con jóvenes universitarios en estos años es *DYA, la Academia y Residencia en la historia del Opus Dei (1933-1939)* de José Luis González Gullón (Rialp, 2016, 576 págs.), sobre la puesta en marcha de la primera Residencia Universitaria de la Obra. Además, este libro ayuda a comprender adecuadamente el alcance del apostolado de Escrivá en los primeros años de vida del Opus Dei, mayor y más heterogéneo de lo

que Camprubí da a entender cuando prácticamente lo reduce a los siete jóvenes que con él cruzaron los Pirineos en 1937.

Aun así, ciertamente, se podría hablar de un “factor Opus Dei” a la hora de intentar explicar la presencia de ciertas personas en la estructura estatal y social española durante el franquismo. Pero, al tratarse de un tema complejo, hay que ser cuidadoso a la hora de analizarlo. Por un lado, hay que entender que el Opus Dei pudo actuar en ocasiones como “punto de encuentro”. Es decir, que miembros de la Obra pensarán en otros miembros a la hora de buscar colaboradores de confianza en sus actividades profesionales. Al igual que factores como los lazos de amistad, o de sangre, influyen en la carrera profesional de muchas personas, el hecho de compartir algo tan íntimo como la vocación al Opus Dei pudo influir, de modo natural y sin responder a ningún tipo de estrategia, en las biografías profesionales de determinados hombres y mujeres de la Obra. Tal vez este punto de vista, sugerido en un artículo escrito por Jaume Aurell (*La formación de un gran relato sobre el Opus Dei*, en «Studia et Documenta» 6, 2012, pp. 235-294) que hubiera ayudado a precisar este capítulo, ayude a entender la cuestión de un modo más exacto del que da a entender Camprubí cuando afirma que la entrada de Ibáñez Martín en el ministerio de educación, «otorgó a la organización de Escrivá una vía de entrada institucional para poner en marcha sus proyectos apostólicos para la nación» (p. 41).

En cualquier caso, existen una serie de artículos y libros que analizan la cuestión del génesis y desarrollo del Opus Dei en relación con su contexto histórico, que hubieran ayudado a precisar las conclusiones de Camprubí. Además del libro de González Gullón y del artículo de Aurell, previamente citados, es el caso, por ejemplo, de sendos trabajos publicados por Pablo Pérez López, en los que investiga la relación entre José María Albareda y Josemaría Escrivá («Studia et Documenta» 6, 2012, pp. 13-66), o el papel de Albareda en la creación del CSIC, del que fue el primer Secretario General (*José María Albareda en los comienzos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas [1936-1949]* en Jesús Longares Alonso: *el maestro que sabía escuchar*, Eunsa, 2016, pp. 203-209). Estos últimos ayudan a entender la libertad de acción personal y profesional de Albareda en esos años. Sobre el lugar del Opus Dei en la historia de la Iglesia española es interesante la lectura de *La Iglesia en la España contemporánea/2, 1936-1990* de José Andrés Gallego y Antón Pazos (Ediciones Encuentro, 1999, 372 págs.), en el que trata ésta entre otras cuestiones.

Recientemente, aunque publicados a la par que *Los ingenieros de Franco*, han visto la luz interesantes estudios sobre la biografía de algunos de los primeros miembros del Opus Dei, así como sobre algunas iniciativas apostólicas y culturales impulsadas por algunos de ellos. Por ejemplo, los estudios sobre Francisco Botella, por Constantino Ánchel («Studia et Documenta» 6, 2012, pp. 141-193); sobre Ricardo Fernández Vallespín, por José Luis González Gullón y Mariano Galazzi («Studia et Documenta» 10, 2016, pp. 45-96); sobre Pedro Casciaro, por José Carlos Martín de la Hoz («Studia et Documenta» 10, 2016, pp. 97-140); o el artículo sobre la editorial Minerva, impul-

sada por mujeres de la Obra en los años de la posguerra española, de Mercedes Montero («Studia et Documenta» 11, 2017, pp. 227-263), entre otros.

Estas lecturas aportarían al relato de Camprubí una visión más amplia acerca de este asunto. Se ha de tener en cuenta en cualquier caso que estas matizaciones no deberían empañar su trabajo, ya que la cuestión del Opus Dei, aunque de relevancia en *Los ingenieros de Franco*, no es uno de los temas centrales del libro. Más aún cuando el autor no tuvo la posibilidad real de consultar muchas de las novedades, por solaparse con su propia publicación. Asimismo, el punto de partida desde el que se aproxima al tema es muy interesante y no escaso de aciertos, abordado con una honestidad e intención de rigor histórico fuera de dudas, abriendo espacios de debate.

Jose Manuel Ferrary

Antonio CAÑELLAS – César OLIVERA, *Vicente Rodríguez Casado. Pensamiento y acción de un intelectual*, Madrid, Ediciones 19, 2018, 398 pp.

Esta biografía, escrita por dos historiadores, se basa en fuentes documentales sólidas: el archivo personal del personaje y otros fondos que ayudan a conocer las realizaciones de un hombre activo en el mundo cultural y político en la historia reciente de España.

César Olivera redacta las páginas sobre los primeros años de vida de Vicente Rodríguez Casado y el último capítulo sobre su personalidad y sus ideas, mientras Antonio Cañellas firma los capítulos centrales sobre la actividad profesional de Rodríguez Casado, sobre la que ya había publicado varios trabajos.

En el primer capítulo, “Los tiempos mozos (1918-1936)”, Olivera describe de manera amena y precisa el ambiente en el que se formó Rodríguez Casado. Hay dos citas extensas sobre una conversación del protagonista con el fundador del Opus Dei, sin nota y sin hacer referencia a la fuente (pp. 51-52).

El siguiente capítulo, “La guerra civil (1936-1939)”, recorre las vicisitudes del joven protagonista, que perdió más de treinta kilos durante el conflicto, pero salvó su vida. Olivera se apoya fundamentalmente en los recuerdos del biografiado, que contrasta con otras fuentes.

En el tercer capítulo, “El retorno a la Universidad (1939-1942)”, el autor ofrece una explicación clara de cómo obtuvo la cátedra a los 24 años. Se presentaron a los ejercicios tres candidatos para dos cátedras de Historia Moderna y Contemporánea Universal, una en Sevilla y otra en Valencia. Vicente Genovés, que tenía 32 años, contaba con más méritos docentes e investigadores que los otros opositores, Rafael Calvo Serer y Vicente Rodríguez Casado. Estos dos amigos acusaron a Genovés de plagio en el segundo ejercicio. Calvo Serer y Rodríguez Casado hicieron un frente común para desenmascarar al rival y así tener el camino libre. Ante esta dura acusación, Genovés